

dejéis de brindarnos, cada vez que sea necesario, el valiosísimo tesoro de vuestra dilatada experiencia y sabiduría.

La universidad se desprende de los que hemos egresado de sus aulas y que hasta ayer fuimos sus hijos, para que, enfrentados a la vida diaria, que no siempre es fácil, laboremos por iniciativa individual y propia en las actividades profesionales que nos corresponda realizar.

Aún cuando por los azares del destino es difícil vaticinar cuál será el resultado de nuestros esfuerzos, tenemos la convicción de que con el acervo espiritual y científico que la Universidad de Concepción con tanta largueza nos ha dado, sortearemos airoso los escollos del camino que hacia nuevos horizontes ahora emprenderemos.

En estos momentos dolorosos de la partida, ya que no otra cosa significa egresar de esta querida casa universitaria, permítaseme manifestar mi más honda gratitud a todos aquellos que con sus enseñanzas, amistad y ejemplo contribuyeron a modelar nuestra personalidad en forma de capacitarnos para zanzar con éxito los tropiezos y problemas del futuro. Vaya, en especial, mi profundo reconocimiento al eminente rector don Enrique Molina.

Y para la Universidad de Concepción, que ha sido por varios años nuestro hogar espiritual: ¡Gracias y más gracias, y nuestro vehemente deseo de que continúe en su siempre ascendente senda de engrandecimiento y prosperidad!

<https://doi.org/10.29393/At348-133DDRA10133>

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA, DR. DON IGNACIO GONZALEZ GINOUVES

Señor rector, señoras y señores:

Celebra en estos días nuestra universidad su aniversario, y aprovecho la solemnidad de este acto, que es la culminación de lo que se ha llamado el día de la institución, para hacer entrega a los alumnos agraciados de los premios a que se han hecho acreedores.

Son estos dos motivos importantísimos los que nos congregan aquí en estos instantes.

Cumple la universidad 35 años de vida. Poquísimo, nada si lo avaluamos mirando la edad de otros centros universitarios de la vieja Europa, por ejemplo; pero bastantes si proyectamos esta edad hacia las realizaciones logradas.

La historia de nuestra universidad todavía no se ha escrito; nadie ha hecho una crónica de cómo, cuándo, de qué manera nació y germinó la idea que le dió vida, y nadie ha glosado los altos y bajos, las glorias y penurias, los ideales y realidades de estos 35 años de universidad.

Tal vez ello se debe a que todo es cosa de ayer, tan cercano que, aún sin ser muy viejos, muchos pueden acordarse de ello; tal vez se debe a que algunos de los autores están todavía vivos y actuando, y ellos llevan la historia dentro de sí...

Pero los 35 años pasados han sido tan hermosos para la vida de nuestro plantel, tan llenos de esfuerzos, de abnegación, de ideales, de desprendimiento y de realizaciones que bien valdría consignarlos ahora, antes que el tiempo los haga marchitarse y pierdan su aroma de juventud.

No seré yo, por cierto, quien haga en esta ocasión una historia de nuestra universidad. Quiero referirme en cambio a un hecho relacionado con su historia: a lo que ha significado ella para la zona y para el país, para la cultura de nuestro pueblo y para el futuro de nuestras juventudes.

Y aunque parezca que comienzo precisamente con la conclusión, debo declarar que el papel que ha jugado la Universidad de Concepción es tal que si no hubiera sido creada, habría que haberla creado, porque no se comprende cómo el país pudiera pasarse sin ella.

Hoy admiramos lo que la C. A. P. ha traído a nuestra ciudad en movimiento, en economía, en prestigio, etc. Aunque menos espectacular y menos violenta, la creación de la Universidad de Concepción significó para el Concepción provinciano y somnoliento del año 20, mucho más que Huachipato para el del año 47; y quién

sabe si hasta podríamos preguntarnos si habría venido Huachipato a Concepción, si no hubiera existido aquí nuestra universidad.

La universidad dió vida y nuevo impulso no sólo en el orden intelectual, sino cívico, económico y hasta demográfico, a un Concepción que languidecía lentamente, como buena provincia de este país excesivamente centralista. Y este impulso abarcó todo el sur del país que se enriqueció con un nuevo centro universitario y abarcó el país entero que en lo intelectual aumentó su potencia y dejó de ser sólo Santiago.

En otro orden de cosas, la Universidad de Concepción ha significado la posibilidad de educarse a miles de profesionales, que hoy, desde Arica a Punta Arenas, en las salitreras, en las minas, en la industria, en el comercio y en las profesiones liberales, trabajan, crean bienestar y son un prestigio para el país y para el plantel que los educó.

¿Qué habría sido de aquellos miles de jóvenes si esta universidad no les hubiera dado la posibilidad de educarse?

¿Habría estado la Universidad de Chile en condiciones de brindarles esta oportunidad?

Se ha reprochado a nuestra institución el haber encauzado su enseñanza hacia las llamadas profesiones liberales, y no haber empleado sus esfuerzos en la creación de nuevas profesiones que señalaran caminos más prácticos y productivos a nuestra juventud. La crítica no es justa porque, consciente de esta necesidad fué precisamente la Universidad de Concepción la primera que en Chile dió categoría universitaria a una escuela de este tipo: la escuela de química industrial que hoy día se llama de ingeniería química y que goza de un merecido prestigio por la calidad de su enseñanza, por la ayuda que presta a la industria y por la capacidad de sus egresados. Y como los números pueden impresionar más que los hechos y aún que las verdades, oigamos algunos: desde 1929 a 1953 han egresado de la universidad 293 licenciados en leyes; 507 pedagogos; 681 alumnos de medicina que han ido a continuar sus estudios en Santiago; 578 dentistas; 385 farmacéuticos; 1,042 normalis-

tas y desde 1938 hasta hoy, 205 ingenieros químicos. En los últimos 20 años, han pasado por la universidad 23,542 estudiantes.

Olvidan, además, los que critican, que son los gustos o inclinaciones de los jóvenes y las oportunidades de trabajar y ganar, las que determinan la elección de una carrera. Nada habría sacado nuestra universidad con crear otras carreras técnicas de tipo productivo o industrial, si las condiciones del país o de nuestra economía no daban posibilidades atractivas a los egresados. Vacías habrían quedado, como quedaron en realidad por algunos años, las aulas de las escuelas de este tipo si a sus egresados no se les presentaban buenas oportunidades de trabajo o buenas remuneraciones, o si los gustos de los jóvenes, formados bajo la influencia del hogar o en el colegio los encauzaban sólo hacia las profesiones liberales.

Ya aún hoy, 35 años después que la universidad fué fundada, estando en marcha una rápida industrialización del país y habiendo en nuestra universidad y en otras, espléndidas escuelas técnicas para aprender estas nuevas profesiones, vemos que todavía la enorme mayoría de nuestros jóvenes sigue mirando hacia las profesiones clásicas y no se siente atraída en una medida apreciable hacia estas nuevas vocaciones. Es injusta, pues, la crítica que con tanta ligereza se nos hace y habría que apuntarla más bien a otros blancos que son los verdaderos responsables del actual estado de cosas.

Pero, cabe preguntarse, si en verdad hacen daño al país y están de más los médicos, dentistas, abogados o farmacéuticos que salen de nuestras escuelas. ¿No nos ha pedido la Dirección General de Salud que aumentemos la matrícula de nuestra escuela de medicina? ¿No se quejan las Cortes de Apelaciones del país de la falta de abogados para ocupar los puestos de la respetabilísima carrera judicial? ¿No hay pueblos a lo largo del territorio que carecen de dentistas, o siquiera de una farmacia?

Nuestra universidad, pues, ha hecho lo que correspondía dentro de las condiciones en que se ha desenvuelto la vida en el país y lo ha hecho bien.

Pero donde la presencia de nuestra universidad ha sido, si es

posible, más importante para la vida cultural de Chile, ha sido en las iniciativas de progreso que aquí han nacido, en los ejemplos que ha dado y en la emulación y estímulo que su presencia ha significado. No es fácil avaluar con justicia o serenidad la trascendencia y valor de todo esto, pero pueden apreciarlo fácilmente quienes no tengan mala memoria para recordar y comparar y conozcan un poco los hechos.

A pesar de que nuestra vida universitaria debe encauzarse en lo docente, a lo largo de moldes que nos son señalados por la Universidad de Chile, el espíritu genuinamente universitario y progresista que ha animado a nuestro plantel, ha sabido superar a esta tutela y ha permitido que nazcan aquí ideas e iniciativas saludabilísimas para nuestra vida universitaria y para la cultura chilena.

Por eso, señores, no podemos ocultar nuestra alarma al ver aflorar, a propósito de un conflicto que no prestigia nuestra vida universitaria, incomprensibles resentimientos, revivir conflictos que parecían superados, y resurgir tendencias que tratan de retrotraer las cosas a un punto que quedó atrás, porque no se compadecía con el progreso cultural del país y con el desarrollo y prestigio de las universidades privadas; y en el fragor de este incomprensible conflicto vemos con aprensión utilizar conceptos tan claros e indiscutidos como "estado docente", "autonomía universitaria" y "libertad de enseñanza" para negar, precisamente, la libertad y la autonomía, y para tratar de imponer como norma y ley para todos, sin opinión ni apelación, lo que la Universidad de Chile, o una de sus facultades, o uno de sus profesores, consideran que es bueno para ellos.

Yo creo que habrá poca gente en Chile que niegue la conveniencia de que el estado controle la enseñanza superior y otorgue los títulos universitarios y aún que señale los requisitos mínimos, generales, que se deben cumplir para alcanzarlos; pero de allí a entregar el monopolio de estos títulos a una Universidad que es autónoma, es decir, en la cual el estado no tiene ninguna ingerencia, ni ella lo permitiría, so pretexto de su autonomía, y a negar la au-

tonomía y la libertad a las demás universidades obligándolas a ceñirse a programas y planes, y aún a métodos de enseñanza y de control determinados en aquella Universidad para sí, va una distancia enorme que es muy peligroso franquear, so pena de ahogar bajo una ortodoxia, o una tiranía inaceptable, la vida cultural del país.

La vida universitaria no puede florecer sin libertad y cuando esta libertad se coarta, sea en el aspecto que sea, languidece y se apaga.

Nadie pretende, como ya he dicho, una libertad absoluta que llegue a la anarquía, o, como se teme entre nosotros, hasta la feria de títulos y grados, o la formación de profesionales condicionados o espurios.

No. Creo, lo repito, que dada nuestra organización democrática e institucional es conveniente y hasta plausible que el estado mantenga el control superior de la enseñanza y aún que la oriente en el sentido que sea más favorable para la sociedad; en ese aspecto encontrará siempre la colaboración entusiasta de las universidades privadas, pero concibo un control que prestigie la enseñanza y no que la humille sometiéndola sin libertad; un control que permita y estimule el progreso y la emulación y que no los ahogue bajo moldes rígidos; es concebible el control como exigencia superior, como orientación general, como requisitos, pero no como sometimiento, o como un límite a las iniciativas, a las inquietudes que no salgan del claustro privilegiado.

Las universidades necesitan libertad para crear nuevas posibilidades a la juventud. Necesitan libertad para organizar su enseñanza en la forma que mejor les permita aprovechar sus medios y sus posibilidades y condiciones; necesitan libertad para innovar en materia de planes y de programas de acuerdo con los progresos de la ciencia y con el cambio de los valores, sin tener que esperar el juicio oficial o extraño, generalmente lento o indiferente, dentro siempre de las condiciones básicas que el estado señale; necesita libertad para innovar o variar en sus métodos pedagógicos o en la ordenación de sus materias o

en la forma de presentarla a los alumnos o en la manera cómo se les controla y se les promueva. Si estos aspectos mínimos de la libertad se niegan, se niega el progreso y se crea el dogma cuando por este mismo camino se pretende llegar más allá todavía, como ha sucedido con una facultad que pide discriminación frente a los profesionales cuya formación no se ha sometido a su criterio, entonces las cosas toman caracteres graves. Por eso, señores, no puedo ocultar mi alarma ante lo que se ha dicho y lo que se pretende hacer, a propósito del conflicto a que me he referido.

Personalmente soy partidario del estado docente, como ya lo he dicho, pero me parece que es llegar a un terreno peligroso traducir "estado docente" por sometimiento de las universidades privadas a lo que una Universidad autónoma disponga para ella, sin proveer siquiera la posibilidad de una disidencia o disponer un mecanismo para que las universidades privadas puedan hacerse oír en forma honorable, o puedan afrontar con confianza sus propias responsabilidades o inquietudes.

Sin libertad no puede haber vida universitaria; la historia de las universidades abunda en ejemplos elocuentes en este sentido; recordemos si no la lucha permanente de las universidades medievales o del Renacimiento contra el rey, contra el Papa, o contra quien quiera que les negara sus garantías y derechos. Universidades hubo que prefirieron cambiar de sede antes que perder su libertad. Es la libertad que ha hecho el progreso de las grandes universidades europeas o norteamericanas, y es también la libertad la que ha hecho desaparecer o enmendarse a aquellas que le daban mal uso, y es la pérdida de la libertad, para someterse a un gobierno, a un credo, a un dogma, o a un hombre, lo que ha señalado la decadencia de tantos centros que en nuestro mundo de ayer y de hoy hemos visto languidecer.

Nunca, tal vez, en ningún período de la historia, las universidades habían tenido una importancia más grande que hoy. Poco a poco se les ha ido entregando mayores responsabilidades y se han ido transformando en los genuinos centros culturales de la socie-

dad. La universidad es hoy día, desde otro punto de vista, el verdadero exponente de la cultura del grupo social.

La universidad moderna no sólo es un centro docente sino al mismo tiempo un centro de altos estudios, de investigación científica, de divulgación y transmisión de la cultura y de estudio de los problemas que afectan o preocupan a la sociedad. Y por sobre todo esto, como su natural consecuencia, es la formadora de hombres, de los hombres más destacados, de la élite intelectual de la comunidad.

No son compatibles estos altos objetivos ni estas elevadísimas funciones con la falta de libertad: libertad interna para organizarse, para administrarse, para integrarse y libertad externa para realizar su destino. Pero vuelvo a repetirlo, libertad no significa ni anarquía ni libertinaje. Libertad significa respeto y tolerancia, emulación y solidaridad, iniciativa y cooperación, y significa, también, altos propósitos y elevados objetivos para laborar por ello sin descanso y sin fatiga.

Nos reunimos, también, esta noche para entregar a los egresados los premios que la universidad distribuye entre sus mejores alumnos. Estos premios han sido creados a iniciativa de los altos cuerpos universitarios, o gracias a la generosidad de diferentes personas o instituciones filantrópicas. Se pretende con ellos premiar a los alumnos que en una u otra forma se han destacado a lo largo de sus estudios y estimularlos a ser cada día mejores, y se pretende, también, estimular a los demás para que aspiren a igual galardón.

Al recibirlos, señores agraciados, recordad que ellos son un reconocimiento a vuestra capacidad y al esfuerzo que habéis demostrado, y al mismo tiempo un compromiso, para que persistáis en el camino que os habéis trazado.

En nombre de la universidad felicito muy cordialmente a todos y cada uno de ustedes, y deseo que la satisfacción que en este momento sienten en sus corazones, se transforme en fuerza poderosa que los impulse a ser cada día mejores.

La universidad moderna a pesar de las complicaciones que ha

sufrido a través de los siglos, sigue siendo, como en sus comienzos, una asociación fraterna de estudiosos; unos, más viejos, con mayor experiencia y conocimientos que enseñan con la acción, la palabra y el ejemplo; otros, más jóvenes, que aprenden el mensaje de cultura, de ciencia o de arte que aquellos tienen que enseñarles. El prestigio de una universidad depende precisamente del trabajo mancomunado de estos dos grupos de hombres; de que los primeros sepan ser sabios, generosos, humanos y justos, de que los segundos sepan aprender, sean capaces, tengan disciplina, curiosidad e inquietud.

Somos, pues, señores estudiantes, responsables solidarios del prestigio de este instituto, cuyos 35 años de vida celebramos hoy, obremos todos, esforzados, del mismo ideal: el ideal de transmitir e incrementar la cultura, el ideal de formar hombres, el ideal de que cada generación sepa más, sea mejor y sea más libre y feliz que la que la precedió.

Y quién sabe si de este ideal, el aspecto más importante es aquello de formar hombres, hombres cultos, hombres humanos, diríamos, como quería Terencio, hombres con sólida formación moral y espiritual, hombres que sepan pensar y sepan formarse sus propias convicciones, hombres independientes, hombres intrépidos y valientes.

Nunca como hoy, la humanidad ha necesitado más hombres de este tipo. Nunca, como ahora, el progreso científico, material y técnico había dado al hombre más poder, para el bien o para el mal, y había, al mismo tiempo, infiltrado en su alma más dudas y más vacilaciones sobre los valores y objetivos de la civilización y la cultura en que vive.

El hombre se debate hoy día en la más tremenda de las confusiones. El progreso que le ha dado posibilidades ilimitadas de poder, ha hecho vacilar su fe en los valores establecidos, y no le ha dado en cambio otros que los reemplacen y que le ayuden a encontrar su camino por la vida...

El hombre que ha aprendido hoy a controlar la naturaleza, no sabe cómo controlarse a sí mismo.

Las universidades deben ser islas de serenidad en un mar de confusiones; viviendo la vida de la sociedad y sintiendo su palpar, deben estudiar sus problemas y comprenderlos sin que la conturben excesivamente las pasiones que agitan a los hombres y los problemas menudos de la hora presente; pueden, así, ayudar al hombre a encontrar el camino perdido, a encontrarse a sí mismo.

Sí. Las universidades tienen como último y fundamental objetivo formar hombres; el cultivo de la ciencia, la investigación, las altas lucubraciones del espíritu no son sino herramientas para lograrlo: para enriquecer el bagaje cultural del hombre y para darle solidez espiritual.

He aquí el problema de nuestro tiempo; el reto de nuestra época, el desafío que el progreso material lanza a la evolución espiritual y moral del hombre. La humanidad debe responder a este reto; el hombre debe colocarse a la altura del desafío para salvar nuestra civilización y sus valores fundamentales, y para utilizar en bien de la humanidad las fuerzas que hoy ha logrado dominar.

Ese es nuestro trabajo como universitarios, y a él debemos dedicarnos con fe, con desprendimiento y con confianza; aunque estemos lejos y seamos pequeños, nuestro grano de arena ayudará a consolidar la humanidad sana, culta, libre y democrática de mañana.

En este día aniversario y en esta ocasión solemne, meditemos sobre estos hechos y sobre la responsabilidad que pesa sobre nosotros, y hagámonos el propósito de colocarnos a la altura de estas tareas.